

caso del «Gran Justador» Pedrarias Dávila, que lleva consigo a la linajuda doña Isabel de Bobadilla, que inicia en América la perenne función endulzadora de la mujer, intentando poner paz entre su marido y Vasco Núñez de Balboa..., sin éxito, no obstante.

El destino de la mujer en la hora del Imperio, en América, había de ser múltiple y fecundo: dar hijos de España en Indias (como la señora de Aberzuza, esposa de Vivero, madre del gran don Rodrigo de Vivero), colaborar en la empresa misma de la ampliación del mundo (como Isabel Barreto, primera y única Adelantada del Mar del Sur), suavizar la dureza de la guerra y de la hirviente sangre hispana (como la cuñada de Pizarro, cuando el sangriento drama del asesinato del conquistador del Perú), crear el tono civilizado de la Colonia (como, por ejemplo, la Condesa de Chinchón, a quien debe el mundo la introducción de la quinina como medicamento).

* *

Es quizá la mujer, más que el propio conquistador y que el colonizador, la responsable directa de la hispanización del orbe nuevo. Por su presencia, las casas peruanas o mejicanas son iguales —con las naturales variaciones debidas al lugar o al trópico— a las casas españolas. Por ellas, la catedral de Puebla, o la de Santa Fé de Bogotá, presentan el mismo religioso y recogido aspecto —fastuoso en las grandes solemnidades— de las catedrales de Burgos o Sevilla. Es por ellas que España se libera del triste destino de muchos otros pueblos colonizadores (que simplemente mandaron soldados o explotadores a ultramar), que sólo supieron construir «zonas europeas» en medio del exotismo indí-

gena. Es la mujer la directa creadora del trasplante de la cultura española, exigiendo para sus hijos el mismo clima social y el mismo ambiente que imperaba en la Metrópoli.

Gesta singular que no se logra sin esfuerzo ni sin sacrificio. Porque todo lo que va dicho no era fácil. Hay que pensar por un momento en lo que eran las tierras recién descubiertas y sobre las que —durante siglos— se iba a ejercer la labor de transculturación. Eran tierras de clima difícil, con pobladores de raza extraña y lengua diferente, donde no era cómodo vivir, sino todo lo contrario. La mujer que pasaba a Indias sabía que todo aquello iba a ser —como en realidad lo era— tremendamente distinto a lo que dejaba en su tierra natal, y, sin embargo, se expatriaba, y pueden contarse por decenas nada más, en el curso de cientos de años, las que abandonaron la partida, las que eligieron la línea del menor esfuerzo y de la comodidad, regresando a la Patria.

* * *

Tenemos, pues, otra figura imperial que no hay que abandonar en el olvido: la Mujer. Cuando hablemos en futuros artículos de las grandes figuras masculinas que crearon la realidad imperial, no dejemos de recordar que en torno a ellas se movieron las mujeres. Las Juárez, en Cuba, y luego en Méjico; Bobadilla, en Tierra Firme; Isabel Barreto, en los mares, o Mencía de Haro, en Paraguay. Mujeres que marcharon a Indias a cumplir el eterno mandato de la raza, y que allí fructificaron en otras mujeres, americanas ya, pero plenamente hispanas, como Santa Rosa de Lima o como sor Juana Inés de la Cruz.